



Gutenberg 3.0: la lectoescritura en pleno cambio

Ximena Pérez

Resumen: Si la imprenta lo cambió todo y fijó una determinada forma de leer durante siglos, la llegada de Internet revoluciona la industria editorial y transforma, una vez más, el proceso de lectoescritura. Se imponga o no sobre el papel, el libro electrónico cobra cada día mayor importancia tanto para lectores como para escritores y editores. El mundo online promete la construcción de un espacio público y crítico en el cual, como escribió Kant, cada uno puede hacer un uso público de su razón. La aparición de plataformas tecnológicas que facilitan la publicación y distribución de libros digitales, obliga a las editoriales a reformar sus metodologías de negocios. Lo cierto es que el libro, entre sus antinomias y futuros imperfectos, va a seguir existiendo. Habrá que ver si estas dos experiencias distintas -como lo son el papel y lo digital-, pueden llegar a coexistir y a complementarse mutuamente.

Palabras clave: Internet – cambios – lectura - escritura - revolución digital

Tiempos aquellos...Se llamaba Teodolinda y era mi abuela. No sabía leer cuando ya la veía, sentada en el sillón, libro en mano, con esa cara feliz y concentrada. Imposible interrumpirla. Me sentaba a su lado, a hojear, primero; a leer cómo podía, después; y en cuanto pude, a leer directamente lo que quise. En momentos cruciales, nuestro método y fin fueron los libros. “En las bibliotecas está la clave”, solía decirme. Jamás se equivocaba...

Años de distancia, un nuevo universo se despliega ante mis ojos azorados acercándome a él con la curiosidad intelectual que caracteriza desde siempre al Homo Sapiens: Internet. Todas las actividades humanas están siendo invadidas por esta evolución que avanza en progresión geométrica. Claro está, el mundo del libro no permanece ajeno. Yo tampoco. Y no hay ninguna justificación para mostrarse reacia a gozar con sus encantos.



Pronta a maravillarme ante las grandes cosas, buceo la virtualidad en un estado de libertad vibrante, sintiéndome cerca de aquella “Biblioteca Total” con la que Borges soñaba y en donde tengo disponible todos los libros imaginables, independientemente de dónde me encuentre físicamente.

El libro -último bastión de las formas tradicionales de transmitir conocimientos- está en pleno proceso de transición. Las prácticas de la lectura están cambiando. Los lenguajes, los formatos y los géneros, y sobre todo el alineamiento entre ellos, están cambiando en función de los nuevos soportes. Lo que antes ocurría alrededor del texto, empieza a acontecer dentro, en el propio documento, mediante un intercambio fluido entre lectores y entre éstos y su propio autor.

Frente a este escenario desfilan varias cuestiones: ¿hay una nueva manera de entender la lectoescritura?; ¿cuáles son los cambios que los avances de las nuevas tecnologías de la información y comunicación generan en las modalidades de lectura y en la difusión y apropiación de las producciones de la cultura escrita?; ¿terminará el libro por abandonar la “Galaxia Gutenberg” para ingresar a la “Galaxia Digital”?; si Internet ofrece edición, producción y venta del libro, ¿cuál es el papel de las editoriales?; ¿hay un nuevo paradigma de producción?; ¿qué posibilidades brinda el texto digital?; ¿quiénes son los nuevos actores en el mundo del libro?; ¿debe reinventarse y rediseñarse el mercado editorial?; ¿lo digital superará al papel?

Si en algún recodo de este serpenteante texto consigo responder estos interrogantes, lo demás se habrá justificado por añadidura.

La tecnología marca el rumbo

Como un tifón bengalí, la revolución digital azota nuestras vidas trayéndonos cambios sociales tan profundos que, su único paralelo, podríamos encontrarlo, tal vez, en el descubrimiento del fuego. Aunque sería más adecuado e informativo comparar esta revolución con la trascendencia de la revolución industrial. Después de todo, el fuego no fue sino un descubrimiento único, mientras que la revolución industrial presentó el mismo tipo de convergencia que una multitud de tecnologías y de cambios económicos, similares a los que vemos hoy.

Como sea, los torbellinos del cambio se precipitan sobre nosotros en una de las revoluciones más extrañas de la historia. Y,



bajo este imperio digital, las relaciones entre el lector, el texto, el escritor y la industria editorial, también se transforman.

Muchos hablan de una crisis de la cultura escrita y de la lectura. Pero si tenemos en cuenta que el mundo digital multiplica los usos de la escritura al ofrecernos más facilidad para la comprensión de textos, obligarnos a escribir en, por ejemplo, innumerables formularios y brindarnos acceso a una inmensa cantidad de escritos, el diagnóstico podría considerarse baste ambivalente.

A estos textos -polifónicos, abiertos y móviles de la textualidad digital- podemos interpretarlos como una desaparición de las definiciones clásicas de lo que es un libro, siempre y cuando definamos a la lectura como la respuesta de los lectores a un orden de lo escrito que supone autores individualizados, estabilidad de las obras y reconocimiento de la propiedad intelectual.

Una sociedad lectora inexorablemente digital

Pocas cosas parecen más fascinantes que los caminos insospechados de la lectura y sus mutaciones en marcha. La revolución digital no sólo ha transformado los soportes del libro. También modifica la forma de leer.

Nuestros ojos ya no leen detalladamente sino que escanean el texto en busca de la información que nos interesa. Si nos aburre, es más que probable que abandonemos la página que estábamos leyendo.

Leer un libro de principio a fin significa una linealidad predefinida por la estructura que el autor le da. En cambio, en la lectura de los textos digitalizados no nos encontramos ante la obra entera y no sabemos cuándo termina. Es hipertextual y por su naturaleza constituye una lectura de curso sinuoso.

Como señala Ana Calvo Revilla (2002) en “Lectura y Escritura en el hipertexto”, el hipertexto no posee un eje primario de organización; “es el lector quien, libremente y con una gran autonomía, desplaza o fija el principio organizador marcando su recorrido entre las lexias a través de diversas trayectorias, bien dentro de la obra o fuera de ella. En cualquier caso, el texto principal ya no constituye el centro, pudiendo haber tantos centros de lectura como lectores posibles...”

Para muchos estudiosos del tema, el modo de enlazar las palabras en la lectura digital hace que no se profundice adecuadamente en su contenido y que la mente sea incapaz de retener



los conceptos fundamentales del texto. Sin embargo, están quienes argumentan que el cerebro, al leer escaneando, es capaz de establecer mayores conexiones neuronales.

En una entrevista publicada en el suplemento *El Cultural* del diario español *El Mundo*, Joaquín Rodríguez, director del portal *Los futuros del libro*, explica que la lectura supuestamente tradicional es lineal, sucesiva, acumulativa, reflexiva y silenciosa, porque la textualidad inscrita en las páginas de un libro exige que la leamos de ese modo.

Es cierto que esa forma de lectura ha contribuido a que desarrollemos algunas de nuestras capacidades cognitivas de más alto nivel (la inferencia, el pensamiento analítico, la razón científica), pero también lo es que, como le reprochaba McLuhan en *La Galaxia Gutenberg* al inventor de la imprenta, ese tipo de lectura privilegia algunos sentidos sobre otros, mermando la oralidad o el tacto. La lectura digital es naturalmente distinta, porque agrega contenidos audiovisuales, gráficos animados, anotaciones compartidas y discusiones en línea, además de los hipervínculos. Esto no es ni bueno ni malo (2012).

A pesar de la imagen de inmutabilidad que tiene el libro, la suya es una historia de cambios. Y en una época signada por lo electrónico, donde hay más pantallas que personas, los libros también se ven influenciados.

Así lo entiende Analía Segal, Directora de *TizaPapelByte* -portal donde se investiga y desarrollan materiales en formato digital para el tratamiento de temas de la agenda contemporánea-, en una entrevista realizada por un reconocido diario argentino.

Se trata de una época de ‘estallido de pantallas’ en la cual una gran parte de las personas ven multiplicadas sus interacciones. Sin duda los celulares y la expansión de los consumos ligados a ellos constituyen una parte importante del fenómeno”. Para Segal, también han variado los tipos textuales que se producen y consumen (mensajes de texto, chats, paquetes sintéticos de noticias, blogs, Facebook, etc.). “Estos desafían un modo único de pensar la lectura. Y estos modos conviven con los clásicos: la lectura de novelas en papel, por ejemplo, es un hábito que no parece desmontarse fácilmente, pese a algunas predicciones que parecieron tomar cuerpo con la aparición de los e-books (2015).



Aunque vincular este fenómeno con una única generación sería indebido, se evidencia más en las prácticas sociales de los jóvenes, reconocidos como quienes motorizan estas nuevas formas de relacionarse con la lectura y la escritura.

Como sea, el texto digital representa una revolución en el aprendizaje y la comunicación humana que recién estamos empezando a comprender. Y, posiblemente - tal como refería el escritor Ítalo Calvino - “...en el futuro habrá otras maneras de leer que nosotros no imaginamos”.

Del autor al lector...y viceversa

De tanto en tanto, a los medios de comunicación se les da por hablar de la crisis de la escritura, dedicándole grandes titulares y no tan profundas investigaciones al tema. Dicen que las nuevas tecnologías de la comunicación y la información convierten en obsoletos los modos de escritura y de comunicación tradicionales. Sin embargo, estoy convencida de que el mayor secreto de la sociedad de la información es el prodigioso renacer de la escritura. Es innegable que la arena digital ofrece un empoderamiento sin precedentes para aquellos que deseen escribir.

Desde el invento de Gutenberg, los medios impresos descendieron sobre nosotros “desde arriba”. Nos sentábamos a leer y a escribir. Ahora, la diferencia está en que interactuamos desde abajo hacia arriba: podemos buscar y acceder a las bibliotecas de todo el planeta de acuerdo con nuestros propios intereses. Y también escribir textos, manipularlos, almacenarlos, recortarlos, descartarlos, adelantarlos, volverlos hacia atrás, revertirlos, enviarlos, pedirlos, comprarlos, conectarlos, compartirlos, interrogarlos o criticarlos tal como nosotros deseamos y de la manera en que queramos hacerlo. Hay muchas plataformas digitales que tienen ese encanto y esa fascinación. Tomaré el ejemplo de *Wattpad*, una plataforma social nacida en 2006, que apuesta a la narración digital mediante la comunicación directa e interactiva entre los escritores y sus lectores, y que se ha convertido en una sensación mundial, fundamentalmente, en la literatura juvenil.

Navegar por estos pagos virtuales tiene algo estimulante, casi diríamos liberador. La sensación es similar a la que podría sentir un niño al entrar en un negocio repleto de golosinas, sin el control de un adulto, y que comprende de pronto que... ¡todo lo que tiene es gratis!



Más allá de ser un espacio accesible, Wattpad nos brinda un espectro de opciones interactivas que podemos adecuar a gusto y piacere. Además de elegir entre millones de libros e historias para leer en una computadora, una tablet o desde el teléfono celular, podemos ser escritores y publicar nuestros propios libros en serie, conservando los derechos de nuestro trabajo y pudiendo quitarlo de la plataforma cuando queramos. Con cada publicación, el escritor va ganando lectores. De este modo, la clasificación de un libro está relacionada con el número de votos, el número de observaciones y el número de lecturas.

En suma, la cualidad más importante que presenta la plataforma es su dinámica e interactividad: es uno quien decide qué quiere escribir o leer, cuándo, dónde y si lo quiere hacer solo o acompañado.

Las reglas cambian, editemos el futuro

Las facilidades que ofrece lo digital seducen cada vez más a los lectores y escritores; y la incidencia de este nuevo paradigma comunicacional es verdaderamente alta.

El primer gran cambio que se percibe es la separación entre los textos y los soportes. Otro, es la autonomía productiva: el autor puede ser su propio editor y controlar el proceso de edición de su propia obra. La informática le provee todo tipo de herramientas de producción (procesadores de textos, programas gráficos para diseño). Y también existen dispositivos para llegar directamente al público a través de las redes sociales.

“Lo que nos enseña la digitalización de la industria editorial”. Ese fue el título de la conferencia que dictó Mike Shatzkin, especialista en la evolución de la industria digital, en el marco del Foro de Expertos en Comunicación organizado por la Escuela de Posgrados de Comunicación de la Universidad Austral, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Shatzkin habló de algunos aspectos que considera van a determinar el futuro del mercado editorial. Entre otros temas, puso énfasis en la necesidad de que las editoriales, que actualmente siguen siendo generalistas, apunten a audiencias específicas. “Se debe pensar en centrarse en la audiencia y no en los formatos”, sintetizó.



Números que hablan

La revolución digital tiene un impacto profundo en el negocio de la edición de libros. Los números son elocuentes: según PricewaterhouseCoopers -firma internacional que brinda presta servicios de auditoría y consultoría- los ingresos mundiales por libros electrónicos crecieron de 2 mil millones de dólares en 2009 a cerca de 11 mil millones en 2014. Y se estima que en 2018, llegarán a los 19 mil millones.

Paralelamente, una encuesta realizada en Frankfurt durante la mayor muestra editorial del mundo, a mil profesionales del sector editorial provenientes de treinta países, reveló que, en pocos años –se calcula que para 2018- los libros electrónicos superarán en volumen el negocio del libro tradicional de papel. Desde lo empresarial, existen varios experimentos interesantes en el mundo del libro on line. Por ejemplo, la novela de Munro Nick, Cave Bunny, que se vende como una aplicación para el iPhone. Otros, como la digitalización masiva de libros sin derechos de autor hecha por Google; y el proyecto Gutenberg, que cuenta con más de 50.000 títulos de libros digitalizados sin derechos de autor subidos por miles de voluntarios. Pero el titán de este mercado es Amazon, cuya tienda de libros digitales es la más conocida en la web. Allí se pueden comprar las publicaciones y leerlas desde su propia aplicación, Kindle, crear e-books y publicarlos.

Lo cierto es que la verdadera transformación que trae lo digital se viene dando en la cadena de valor. Por lo que todos sus agentes deben reaccionar y reubicarse para seguir aportando algo a los nuevos procesos.

En ese sentido, el papel de las editoriales tal vez consista en tender los puentes con las empresas que poseen el saber y el poder electrónico. Unas aportarán tecnologías, en tanto las otras acercarán su conocimiento, las redes de distribución, los contactos con los escritores y con el público específico del libro.

Al encuentro de dos mundos

Para el canadiense Marshall McLuhan (1964), erudito en medios, “cada avance tecnológico significa una extensión de las posibilidades humanas”, algo así como un miembro del cual ya no se puede prescindir sin que se lo sienta como una amputación.



Sin embargo, es importante recordar que ninguna tecnología interactiva del mundo ofrece las posibilidades y los beneficios de la imaginación humana. Y a decir de Borges (1989), “el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación”.

A lo largo del tiempo, mi no saciada curiosidad fue formando una biblioteca dispar, hecha de libros y de páginas, cuya lectura me llenó de verdadera dicha. Soy consciente de que la tecnología no se detendrá y, por tanto, nuevos soportes de la escritura han de aparecer. Pero, a pesar de que algunos Francis Fukuyama de este campo crean lo contrario, no se producirá el fin del libro ni, mucho menos, de la lectura. Tal vez sólo se trate de educar cerebros bitextuales, que sean capaces de realizar una inmersión profunda en la lectura sosegada y de seguir las invitaciones más aleatorias e interactivas de los soportes digitales.

En todo caso, la nueva radiografía sirve para suponer un futuro menos previsible del que se pudo imaginar hasta hoy.

“¿Qué nos ha forjado Dios?”, telegrafió Morse en la célebre transmisión de Baltimore a Washington con la que probó por primera vez su invento. Fue, en cierta forma, una elocuente y visionaria afirmación sobre la impredecibilidad de los cambios tecnológicos. Y -lo sabemos- todo esto no es más que un tímido comienzo.

Bibliografía

- Borges, Jorge Luis (1989). “El jardín de los senderos que se bifurcan”. En: *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé.
- Castillo, A. (2007). “El lenguaje de la generación red”, en Sarmiento, R. y Vilches, F. (Coord.). (2007). *Neologismos y sociedad del conocimiento*. Madrid: Fundación Telefónica.
- Calvo Revilla, Ana María (2002). “Espéculo”, en *Revista de Estudios Literarios*, N.º. 22.
- CERLAC (Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina, El Caribe, España y Portugal) (2007, 2012, 2013).
- Cordon García, J.A. (2011). *La revolución del libro electrónico*. Barcelona: UOC.
- E. J. Aarseht (1997), No linealidad y teoría literaria. En Teoría del hipertexto. Barcelona, Paidós.
- McLuhan, Herbert Marshall (1964). *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del hombre*. Edición en español de Editorial Paidós.
- Rodríguez Joaquín (2012). “El futuro de la lectura”. Consultado por la revista *El Cultural* del diario *El Mundo*. España.
- Segal Analía (2015). Consultado por diario Infobae del 14 de agosto de 2015.
- Terje, Hillesund (2010). “Espacios de lectura digital: Cómo lectores expertos manejan libros, la web y el papel electrónico”.